

pa, y vió por la última vez al Bravo que regresaba al teatro de astucias y de violencias, del cual alegrábase en extremo haber podido escapar él mismo.

CAPITULO III.

Al amanecer del día siguiente la plaza de S. Marcos estaba desierta. Los ministros del santuario oraban junto al féretro del viejo Antonio, y aun permanecían en la catedral y sus cercanías algunos pesca-

dores, cuyos ademanes denotaban cuán poco satisfechos quedaron sobre el modo como terminara su compañero una miserable existencia. Gozaba la ciudad á estas horas de la mayor tranquilidad: á la alarma esparcida en los canales al empezar la insurreccion de los habitantes de las lagunas, siguió esta calma aparente é incierta, que es la consecuencia inevitable de todo sistema que carece de la base fundamental del apoyo voluntario de la masa del pueblo.

Hallábase Jacobo en aquel instante con Gelsomina en las azoteas del palacio ducal, y mientras recorrían los tortuosos pasadizos del edificio, refirióla todas las circunstancias relativas á la fuga de los dos amantes, teniendo empero la prudencia de callar el designio de Giacomó Gradenigo contra la vida de don Camilo. La sencilla doncella le escuchó con la mayor atencion.

— Y crees que escapan del poder de los que mandan? preguntó Gelsomina en voz baja, pues pocos en Venecia se atrevieren á hacer de otro modo esta pregunta; ya sabes que las galeras de la República cruzan de continuo por el Adriático.

— Harto me consta, respondió el Bravo, y por lo mismo aconsejé al calabrés que dirigiese la proa hácia el puerto de Ancona. Una vez en los Estados de la Iglesia, la influencia de don Camilo y los derechos de su esposa les pondrán al abrigo de todo peligro. ¿ Hay en este edificio alguna ventana con vistas al mar?

Gelsomina le condujo entonces á un aposento desde donde se descubria todo el Lido y gran parte del Adriático. Una fuerte brisa, pasando por encima de los techos de las casas, cimbreaaba ligeramente

los mástiles de los buques anclados en el puerto, y agitaba las lagunas. Desde este punto hasta la barrera de arenas, veíanse las hinchadas velas y los esfuerzos que hacían los gondoleros para acercarse al muelle luchando contra un viento sobrado recio. El mar estaba agitado de la otra parte del Lido, y mas lejos distinguíanse las espumosas olas movidas por la violencia de la brisa de tierra.

— ¡ Alabada sea la Virgen ! exclamó Jacobo luego que hubo cesado de examinar la escena que se presentaba á sus ojos ; ya están bien lejos de la costa, y con un viento como este, dentro de algunas horas entrarán en el puerto. Guíame al calabozo , Gelsomina.

Sonrióse la doncella al oír hablar de la seguridad de los fugitivos ; pero una mortal tristeza cubrió su hermoso rostro cuan-

do vió que Jacobo cambiaba de parecer. Sin embargo, accedió sin replicar á sus deseos , y en breve se hallaron junto al humilde lecho del anciano, que absorto en sus pensamientos no advirtió la llegada de los dos amantes.

— Padre mio , dijo Jacobo con el acento melancólico con que naturalmente hablaba al cautivo, aquí teneis á vuestro hijo.

Estas palabras le sacaron de su enagenamiento ; y aunque mucho mas debil que cuando su hijo le visitó la vez última , asomó á sus amortiguados labios una debil sonrisa.

— ¿ Y tu madre ? preguntó con un interés que obligó á Gelsomina á volver la cabeza apresuradamente para ocultar su emoción.

- ¡ Es dichosa, padre mio , dichosa !...
- ¿ Puede serlo sin mí ?
- Siempre lo es en espíritu : se acuerda de vos en todas sus oraciones. Teneis en mi madre una santa que intercede por vos, padre mio.
- ¿ Y tu buena hermana ?
- Tambien es feliz , no lo dudeis. Las dos sufren resignadas.
- ¿ Y los senadores ?
- Siempre lo mismo : sin alma, egoistas y soberbios , respondió Jacobo ; y volviendo al propio tiempo la cabeza , fulminó una maldición contra ellos en voz tan baja que no pudo ser oído.
- Engañáronse los nobles señores cre-

yendo tener yo parte en la tentativa dirigida á defraudar las rentas de la República, replicó el anciano con acento tranquilo y resignado. Día llegará en que reconozcan su yerro.

Jacobo no respondió nada. A pesar de sus ningunas luces , y privado de los conocimientos que todo gobierno paternal mira hoy como el mayor de los deberes propagar entre sus súbditos , pusírale su natural inteligencia en estado de comprender que un sistema que se anunciaba como fundado en los talentos superiores de un cortísimo número de individuos privilegiados, no podia menos de ser absolutamente falso en sus teorías.

— Los tratas con excesiva injusticia, hijo mio : son patricios ilustres , y no tienen un motivo legitimo para oprimir al desgraciado como yo.

— En efecto, no les asiste otra causa que la necesidad de mantener en toda su fuerza la severidad de unas leyes que les han hecho á ellos senadores, y á vos su prisionero.

— Ya te digo, hijo mio, que he conocido dignos senadores. Entre ellos se cuenta el señor Tiepolo, que me hizo grandes servicios en mi juventud; y sin esta delacion falsa, veríame hoy dia el mas afortunado de mi profesion en Venecia.

— Roguemos, padre mio, por el descanso del senador Tiepolo.

— ¿El ilustre patricio ha muerto?...

— Así lo publica un suntuoso mausoleo de la iglesia del Redentor.

— Todos debemos terminar nuestra carrera con la muerte, dijo el anciano santi-

guándose; el Dux como el patricio, y este como el gondolero Jacob...

— ¡Padre mio! exclamó el Bravo con aceleramiento para estorbar que concluyese esta frase; y arrodillándose despues junto al lecho, le dijo: ¿Os olvidais de los motivos que hay para no pronunciar este nombre? Ya os he dicho muchas veces que si me llamais así, no podré venir á visitaros.

El preso le miró con turbados ojos; porque la debil naturaleza presentaba como un enigma á su imaginacion lo que en otro tiempo le pareciera sobrado claro. Despues de haber tenido clavada la vista en él por largo tiempo, dirigióla á la pared dando una pueril carcajada.

— ¿Quieres mirar si ha vuelto la araña?

Jacobo suspiró y apresuróse á complacerle.

— No la veo, dijo; todavía no hace bastante calor.

— ¡Bastante calor!... ¡Corre por mis venas un fuego que me abrasa! ¿Olvidas que cubre el plomo nuestras cabezas, hijo mio?... ¡Y el sol!... ¡El sol!... Los ilustres senadores no saben qué tormento es pasar el frío invierno en los calabozos subterráneos al nivel de los canales, y el estío bajo un metal ardiente.

— Ellos no piensan mas que en su poder, dijo en voz baja Jacobo. Ese poder usurpado por la injusticia, debe sostenerse por injustos rigores. Pero ¿de qué sirve discurrir de esta suerte? ¿Qué os falta, padre mio?

— Aire, hijo, aire. Proporcióname el

aire que Dios concede al mas humilde de los seres que ha criado.

El Bravo se precipitó á una de las hendiduras que se veían en aquel asilo venerable, aunque mancillado con tantas crueldades, haciendo los mayores esfuerzos para ensancharla, hasta que brotó la sangre de sus dedos sin lograr el deseado objeto.

— ¡La puerta! Gelsomina, abre la puerta! exclamó acercándose al lecho de su padre extenuado de fatiga.

— Ya no padezco tanto, dijo el anciano. Cuando te hayas ido sufriré; y cuando quede entregado á mis pensamientos, me representaré á tu madre llorando y á tu hermana desolada: entonces tendré necesidad de aire. Dime, ¿estamos en el mes abrasador de agosto?

— Aun no entramos en junio.

— ¡ Con que todavía he de sufrir mas fuertes calores ! ¡ Cúmplase la voluntad de Dios ; y la gloriosa Virgen Maria su immaculada madre me dé las fuerzas necesarias para sobrellevarlos !

La mirada de Jacobo era en este momento casi tan espantosa como la del ojo frío y helado del anciano. Su pecho se elevó extraordinariamente ; apretó con fuerza los puños , y se oyó el ruido de su respiracion comprimida.

— No, dijo en voz baja pero que daba á entender evidentemente lo invariable de su resolucion ; no sufriréis tales tormentos. Levantaos, padre mio, y seguidme. Tenemos las puertas francas ; estamos provistos de llaves, y conozco todos los laberintos del palacio. Yo buscaré medio

de ocultaros hasta la noche, y entonces abandonaremos para siempre esta maldita República.

Una mirada de esperanza apareció en los ojos del anciano al oír esta proposicion inspirada por una especie de delirio ; pero dudando que los medios de ejecutarla fuesen practicables, cambió repentinamente su expresion.

— Hijo mio, ¿ has olvidado á los que están allá arriba ?

— No conozco allá arriba mas que á un Ser superior á todos nosotros.

— ¿ Y crees poder engañar á esa doncella ?

— Esta doncella ocupará vuestro lugar. Compadécese vivamente de nosotros, y se prestará gustosa á sufrir un acto vio-

lento en la apariencia. ¿No es esto prometer demasiado por tí, Gelsomina?

La triste joven, espantada de aquella escena, porque nunca había visto en el supuesto Carlos tan evidentes muestras de una resolución desesperada, cayó desfallecida en un asiento sin poder articular una sola palabra, mientras que el preso mirando alternativamente á ambos jóvenes hizo un esfuerzo para levantarse; pero en el mismo instante volvió á caer sobre la paja. Entonces fué cuando conoció Jacobo lo impracticable de su proyecto, concebido en un momento de exaltación. Poco á poco fué calmándose la agitación de su pecho, y apareció en su semblante la acostumbrada impassibilidad que le caracterizaba.

— Padre mio, le dijo; debo dejaros. Nuestros males van á terminarse.

— ¿Volveré á verte presto?

— Si lo quieren los santos..... Dadme vuestra bendición.

El anciano tuvo extendidas las manos sobre la cabeza de Jacobo dirigiendo al Cielo una fervorosa plegaria á favor de aquel hijo, único consuelo que le quedaba en la tierra. Concluida la ceremonia, puso el Bravo junto al lecho el alimento y demás que pudiera necesitar, y retiróse con Gelsomina.

No mostraba Jacobo muchos deseos de alejarse de las inmediaciones del calabozo que ocupaba su padre. Parecía que un lúgubre presentimiento le anunciaba que las visitas á escondidas iban á terminarse en breve. Sin embargo, después de haberse detenido un rato, bajaron al piso inferior; y deseando Jacobo salir del palacio sin pasar por la cárcel, dispúsose

Gelsomina á conducirle por el corredor principal.

— Carlos, nunca te vi tan triste, le dijo siguiendo con vivo interés sus miradas que él se esforzaba en apartar de ella: me parece que debieras regocijarte por la buena suerte del duque napolitano y de la señorita Tiepolo.

— Su felicidad es un rayo del sol en un día de invierno, buena Gelsomina... Pero nos siguen. ¿Quién es ese espía que observaba todos nuestros pasos?

— Un sirviente del palacio que siempre encontramos en esta parte del edificio... ¿Te sientes cansado? Entra aquí, y recreemos otra vez la vista con el mar.

Jacobo siguió á su guía á uno de los aposentos abandonados del segundo piso,

pues en realidad deseaba examinar lo que pasaba en la plaza antes de salir del palacio. Fijó primeramente los ojos en el mar, y vió que las olas se precipitaban hácia el sur impelidas por la brisa que bajaba de los Alpes; y luego que quedó satisfecho con esta vista, dirigió su mirada á mas cercanos objetos. En este momento salió del palacio un empleado de la República precedido de un trompeta y acompañado de algunos soldados, como era costumbre cuando el Senado queria promulgar un bando. Gelsomina abrió una ventana, á la cual se acercaron ambos para escuchar mejor. Llegado que hubo el reducido acompañamiento en frente de la catedral, un toque de trompeta impuso silencio, y el heraldo, alzando la voz, se explicó en estos términos:

— Como en pocos dias hayan perecido

asesinados varios ciudadanos pacíficos y honrados, el Senado, cuyos paternos desvelos se dirigen á mirar por la seguridad de todos sus súbditos, ha creído conveniente recurrir á medios extraordinarios para estorbar que vuelvan á cometerse crímenes tan contrarios á la ley de Dios y á la seguridad de la sociedad. En su consecuencia, el ilustre Consejo de los Diez ofrece una recompensa de cien cequíes al que descubra al autor de cualquiera de estos horribles homicidios. Y atendiendo también á que la noche anterior se ha sacado del fondo de las lagunas el cuerpo de un individuo llamado Antonio, pescador bien conocido y digno ciudadano muy estimado de los patricios; y habiendo fuertes indicios que manifiestan haberle ahogado cierto Jacobo Frontoni, á quien todos apellidan el Bravo: en nombre de las autoridades, que hace tiempo espíaban los

pasos de este criminal, invítase y encárgase á todos los buenos y pacíficos ciudadanos que auxilién á los ministros de justicia en la captura de dicho Jacobo Frontoni, aun cuando se refugie en el santuario, porque Venecia no puede tolerar que exista un hombre que ha tomado por ejercicio derramar la sangre de sus semejantes. Y para mayor estímulo, el Senado ofrece por su arresto la cantidad de trescientos cequíes.

Como los que cubrían con tan espeso velo las medidas del gobierno, rara vez hacían públicas sus intenciones, el bando llenó de espanto y de terror á cuantos llegaron á oírle. Muchos temblaron al ver ostentar en aquel decreto el poder misterioso y terrible del Senado, al paso que la mayor parte no pudo menos de expresar altamente su admiración por los cui-

dadosos y paternos desvelos de los que manejaban el timon de la República. Pero nadie como Gelsomina escuchó con mas interés las palabras del heraldo. Tenia casi medio cuerpo fuera de la ventana para no perder una sílaba.

— ¿Has oido, Carlos? dijo retirando la cabeza : al fin ofrecen una recompensa por la prision del monstruo que ha cometido tantos homicidios.

— Los patricios son equitativos, respondió con una risa sardónica, y cuanto hacen es justo.... Son de ilustre nacimiento y no pueden engañarse : ellos cumplirán con su deber...

— En esto no hacen mas que llenar los que tienen contraidos con Dios y con el pueblo.

— Mucho he oido hablar de los debe-

res de este, pero poco ó nada de los del Senado.

— No podemos negar que cumple con ellos, Carlos, pues que en el hecho trata de asegurar la vida y la tranquilidad del ciudadano. Ese Jacobo es un malvado á quien todos detestan y sus crímenes son desde muchos años el oprobio de Venecia. Ya ves como los patricios prodigan el oro cuando hay esperanza de apoderarse de su persona... Pero, escucha, que van á repetir el bando.

La trompeta sonó de nuevo; y colocándose el heraldo entre las columnas de granito, casi debajo de la ventana donde estaban asomados Gelsomina y su inalterable compañero, leyó por segunda vez el bando.

— ¿A qué ponerte la máscara, Carlos?

le preguntó la hija del carcelero concluida la lectura. A semejantes horas no se acostumbra estar así en el palacio.

— Creerán que soy el Dux que se avergüenza de oír proclamar su liberalidad y justicia, ó acaso me tendrán por uno del Consejo de los Tres.

— Siguen por el muelle para ir al arsenal, donde tomarán una barca para pasar á Rialto segun costumbre.

— Y por este medio advertirán con tiempo á ese terrible Jacobo para que se oculte. Vuestros jueces son misteriosos cuando debieran ser francos; y... Fuerza es separarnos, Gelsomina; proporcióname la salida por el patio del palacio, y vuélvete al aposento de tu padre.

— No es posible, Carlos : ya sabes el

permiso concedido por las autoridades y yo he traspasado los límites : ¿ por qué he de ocultártelo ? No me es dado entrar aquí á semejante hora.

— Y tú, interesante Gelsomina, has tenido valor de quebrantar las órdenes por amor mio? preguntó Jacobo con ternura.

La doncella bajó la vista semeándose el carmin de su frente á la rosada luz de su Italia.

— Lo has acertado, respondió.

— Gracias, dulce y compasiva Gelsomina; mil gracias : pero sosiégate, que yo hallaré medio de salir sin ser visto. El riesgo estaba en entrar.

— Nadie puede pasar de dia con el ros-
IV.



tro cubierto por delante de los alabarderos á menos de dar el santo.

Esta advertencia puso en la mayor perplejidad al Bravo. Conocía tan á fondo las condiciones con que se le permitiera la entrada en la carcel, que miraba como poco prudente salir de ella para bajar al muelle que era por donde había venido. No dudaba que los que custodiaban la puerta exterior y que probablemente sabían que se hallaba dentro, impedirían su evasión; y la otra salida le parecía igualmente peligrosa. No le había sorprendido tanto el bando como la publicidad que el Senado creyera á propósito dar á su política; y oyó pregonarse públicamente con estremecimiento, pero sin terror. Tenía infinitos medios de disfrazarse, y como estaba tan generalmente admitida en Venecia la costumbre de las máscaras, no concibió

serios temores sobre el resultado del asunto hasta verse reducido á tan desagradable alternativa. Gelsomina leyó su indecision en sus ojos, y se arrepintió de haberle causado tal disgusto.

— No hay tanto riesgo como crees, Carlos, le dijo: te han concedido permiso para que veas á tu padre á ciertas horas, y esto mismo prueba que el Senado no desconoce la piedad. Si yo por complacerte he quebrantado sus órdenes, es una falta que los senadores no castigarán como un crimen, pues no les creo de corazón tan duro.

Jacobo la miró con aire compasivo cierto como estaba de que no conocía la verdadera naturaleza de la insidiosa política de la República.

— Es preciso que nos separemos, respondió, para que no recaiga sobre un ino-

cente todo el peso de mi imprudencia. Estamos cerca del corredor abierto al público, y me entregaré en manos de la suerte para llegar hasta el muelle.

Gelsomina le tomó por el brazo, no queriendo abandonarle á sí mismo en aquel temible edificio.

— No es posible, Carlos; porque darás con algun soldado, y acaso te se prive para siempre de ver á tu pobre padre.

Jacobo le hizo señal para que le enseñase el camino y la siguió. Gelsomina, siempre conmovida, aunque algo mas tranquila, atravesó varias galerías cerrando cuidadosamente las puertas despues de haber pasado por ellas. Al fin llegaron al famoso puente de los Suspiros, La inquieta doncella aceleró el paso al acercarse á su morada, pensando como ocultar al

supuesto Carlos en la habitacion de su padre, caso de que hubiese riesgo en salir de la prision durante el dia.

— Un solo instante nos queda, Carlos, le dijo en voz baja introduciendo la llave en la cerradura de la puerta que comunicaba con la carcel. La llave dió la vuelta, pero las goznes permanecieron inmóviles. Gelsomina perdió el color, y exclamó: — ¡Han corrido los cerrojos por dentro!

— Nada importa: bajaré por el patio del palacio, y pasaré sin temor á rostro descubierto por delante del alabardero.

Gelsomina no creia hubiese ningun peligro en que su amante fuese conocido de los soldados mercenarios al servicio del Dux; y ansiosa por sacarle de una posicion tan penosa, volvió apresuradamente á la otra